

Biblioteca-Films

EL PECADOR ERRANTE

N.º 111

25
cénts.



Gladys Hulette
Marc Mac Dermott
David Butler

Año III

Núm. 111

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN:
Calabria, 96

O

Teléfono 173-H
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

El pecador errante

HOODMAN BLIND

1923

(Superproducción Fox)

Emocionante novela de amor, odio y venganza

Exclusiva: **Hispano-American Films, S. A.**

Valencia, 239.—Barcelona

PERSONAJES

INTÉRPRETES

Nancy Yeulett.	{	Gladys Hulette
Jessie Linden.		
Jack Yeulett		David Buttler
John Linden		Maro Mao Dermott
Mark Lezzard.		Frank Campeau

ARGUMENTO DE ESTA PELÍCULA

Hace de esto veinticinco años.

Freeport, una aldea de pescadores de la costa occidental de los Estados Unidos, duerme mecida por el arrullo de las olas que se estrellan contra el acantilado de sus costas.

Es media noche, y la calle principal del pueblo se halla casi desierta. Una sola mujer, envuelta en un manto, parece esperar con impaciencia a alguien.

Cuando el reloj de la vieja parroquia da las diez de la noche, oyense pasos en la calleja próxima. Un hombre se acerca a la dama, la besa y le dice:

—Jessie, te amo y estoy dispuesto a huir contigo lejos, muy lejos; donde nadie pueda estorbar nuestra felicidad.

—John, ¿no me abandonarás nunca?

—Nunca, amada mía.

—Vámonos, pues.

—Espera... Tengo que ver al abogado Marc Lezzard... En seguida soy contigo. Vete hasta la playa y allí me esperas.

John Linden volvió a besar apasionadamente a su amante y se separaron.

Ni John ni Jessie apercibieron a una mujer, joven aún, que había visto esta escena situada detrás de las vidrieras de la ventana de una casa cercana. Era la esposa de Linden.

Al ver como John se abandonaba en brazos de aquella mujer fué presa de una desesperación terrible.

John Linden llamó a la puerta de la casa de su amigo el abogado Marc Lezzard, que se hallaba escribiendo:

—Adelante.

—Buenas noches, Marc.

—Hola, amigo John. ¿Qué te trae por aquí a estas horas?

—Marc, me marchó del pueblo y me llevo conmigo a Jessie Walton.

—Pero, hombre... ¿has pensado bien tu determinación?

—No sé si lo he pensado; lo cierto es que me voy.

—¡Qué barbaridad!... Recuerda el proverbio: «Siembra vientos y recogerás tempestades»... ¡Abandonar a tu mujer tan buena, tan hacendosa!... ¡Oh!... ¡Y a tu hija!

—Reconozco que hago una canallada; pero acabaré por volverme loco si me quedo en la aldea... Y, además, amo a Jessie.

—¡Una aventurera!

—¡La amo!

—¡Qué brutalidad!

—Comunica esta noticia a mi mujer y entrégale este dinero. Cada mes le mandaré, por tu conducto, lo necesario para su manutención.

—Yo protegeré a tu mujer y a tu hija.

—¡Adiós, Marc!—Y John alargaba su mano al abogado.

—No quiero estrechar tu mano, John... Lo que haces es una villanía.

—¡Adiós!

Un instante después, John Linden y Jessie

Walton huyeron, creyendo hallar la felicidad que el amor les prometía.

La calle de Freeport volvió a quedar en una quietud de necrópolis.

El reloj de la vieja parroquia dió doce campanadas. Sonó un disparo de arma de fuego, oído por unos marineros que acababan de desembarcar, quienes corrieron hacia donde les pareció oír el disparo. Pasaban dichos marineros por frente de la casa del abogado Marc Lezzard, cuando vieron que éste salía de su domicilio gritando:

—¡Es en casa de John Linden!... ¡Es en casa de John Linden!

A ella se dirigieron... ¡Horror!... La esposa del marino que se acababa de fugar yacía en el suelo en posición decúbiteo supino, bañada en sangre... Muy cerca de ella, en una cuna, lloraba una niña de pocos meses. Marc Lezzard y los rudos marineros se descubrieron respetuosamente y murmuraron una plegaria.

Uno de los marineros se volvió a la niña y, conmovido, exclamó:

—¡Pobrecita!... Tú eres la más desventurada... Tú serás la víctima de la bestialidad de tu padre.

Y dirigiéndose a sus compañeros, prosiguió:

—John Linden ha huído con Jessie Walton.

—¿Cómo sabes...?—preguntó Lezzard.

—Hace días que me había comunicado John esta su determinación.

—¿Y qué haremos de la huerfanita?—inquirió uno.

—John Linden era mi amigo—contestó Lezzard—. Yo me encargo del entierro decoroso de su esposa y de proteger a la huerfanita.

Uno de los marineros tomó a la niña y, levantándola en alto, exclamó:

—Es fuerte...y eso le conviene, porque ha de necesitar mucha resistencia para poder con-



—Marc, me marché del pueblo y me llevo conmigo a Jessie Walton (pág. 3)

templar durante toda la vida la cara de gorila de Lezzard.

—Gracias por tu fineza—replicó el abogado.

II

Un año hace que John Linden y Jessie Walton viven en la región ganadera colindante con Méjico.

El apego de John por la mujer con quien creía hallar la felicidad, se ha ido enfriando; y ni la amabilidad de Jessie ni el nacimiento de una niña, a quien pusieron el nombre de Jessie, el mismo nombre de la madre, fueron lazos bastante fuertes para obligarle a permanecer al lado de la mujer por quien había sacrificado a su esposa. La invencible inquietud de aquel hombre voluble, el deseo de viajar para probar fortuna, se apoderó de él y turbaba su espíritu con anhelos de nuevas aventuras.

John Linden y Jessie Walton, a quien los ganaderos sus amigos creen su esposa, se hallan en la puerta de su casa, consistente en una modesta construcción de adobes y madera, a la que se adosaba un establo levantado sobre unos maderos con bálago y ramaje.

Ante lo que podríamos llamar fachada principal de la casa, y en toda su longitud, existe un cobertizo o tejabana, sostenido por columnas de madera.

Bajo este cobertizo hablan John y Jessie, el primero apoyado en una de las columnas del cobertizo, ella apoyando sus manos en el hombro de John.

—Con el ganado no puede hacerse dinero, Jessie. Durante la guerra se enriquecían los ganaderos; pero hoy, hasta los que hacen aquí el negocio en gran escala están perdiendo fortunas... ¿Qué esperanza nos puede quedar a nosotros que no tenemos grandes rebaños?

—Pero considera, John, que para nosotros ganamos más de lo suficiente para vivir felices... Yo, teniéndote a ti, me basta.

—Pero llegaremos a viejos y no habremos ahorrado nada. Los periódicos hablan de la fa-

cilidad con que se hacen fortunas en el Africa meridional... Yo creo que si me fuera allá...

—No, no, John... No debes pensar en eso... Piensa en tu hija que necesita tu apoyo y protección. Si no por mí, hazlo por ella. Si tú te fueras me moriría de pena.

—Bueno; dejemos este asunto y queda tranquila.

Jessie besó a su amante y éste prosiguió:

—Está para llegar el tren. Voy a la estación a ver si llega algún comprador.

La estación se hallaba a doscientos metros de la casa de Linden. Jessie le siguió con la vista. Vió ella como, al llegar el tren, John subió a uno de los coches. Ya no le vió más. Aquel tren al llevarse al hombre de sus ilusiones, llevóse también su felicidad. Días después, Jessie Walton dejó de existir, víctima de una tristeza mortal, dejando sola y desamparada a su hija Jessie, fruto de sus amores con aquel hombre ingrato y voluble.

III

Transcurren los años. En las apartadas comarcas del Africa meridional, todos los negocios en que interviene John Linden se convierten en oro. La tierra misma abre sus entrañas y le ofrece sus metales preciosos. El americano conviértese, en diez años, en el más rico y poderoso industrial del Transvaal.

Pero, al transcurrir el tiempo, la conciencia, este testigo y juez a un mismo tiempo, de los actos humanos, le acusa de que muchos bienes más preciados que el oro y las piedras precio-

sas, que despreció en su juventud, no pueden ahora ser recuperados a ningún precio.

John Linden es rico; pero no es feliz.

Una sola palabra ha cumplido, desde que salió de Freeport, y es la promesa que hiciera al abogado Marc Lezzard, de remitirle mensualmente una cantidad para subvenir a las necesidades de su esposa y de su hija Nancy. Mensualmente cumple con esta obligación; el abogado contéstale cada mes. Por supuesto, que ya supo John, a su tiempo, la desgraciada muerte de la pobre víctima abandonada; y sabe también lo hermosa y buena que es su hija Nancy y lo mucho que se la quiere en el pueblo.

John llega de una de sus concesiones diamantíferas y penetra en la casa de su propiedad, un magnífico chalet donde vive con todas las comodidades. Su criado, un negro congolés, le presenta una carta que ha llegado aquella mañana. Se sienta en un sillón y lee:

Querido amigo: Recibí los mil dólares que me has mandado para tu hija Nancy. Por el aumento de la mensualidad colijo la marcha próspera de tus negocios, de lo que me alegro infinito. Nancy ignora que su padre vive y sigue creyendo que el subsidio mensual que recibe pertenece a la testamentaria de un tío suyo, porque nunca le he hablado de la existencia de su padre, cuya memoria detesta: ¿cómo evitar que las malas lenguas le contasen el triste fin de su madre y el motivo de su muerte trágica?

Tu amigo que te quiere,

MARC LEZZARD.

Esta carta hizo verter lágrimas de arrepentimiento al pecador errante y, desde aquel día, un deseo vivísimo de volver al lado de su hija se apoderó de él.

Por una coordinación de ideas, al pensar en Nancy, su hija legítima, su pensamiento voló a las inmensas pampas donde había dejado a la mujer, causa de sus zozobras, y a su hija Jessie. «¿Qué será de ellas?»—pensaba.

Como hemos visto ya, Jessie Walton había muerto de pena al verse abandonada por el hombre a quien se había entregado en cuerpo y alma. La hija del pecado, Jessie Linden, había crecido entre los vaqueros, sin más freno que sus propios instintos y sin educación de ninguna clase. Al cumplir los diez y ocho años, exuberante de belleza—como que tenía un parecido perfecto con su hermanastra Nancy, reconocida como la joven más bonita de Freeport—, partió del rancho donde naciera y se fué por el mundo con el único bagaje, con la sola fortuna de un cuerpo gentil, ansioso de placer.

IV

Digamos, antes de proseguir esta narración, quien era Marc Lezzard.

Este abogado, que se decía amigo de John Linden, se dedicaba en Freeport al poco honroso oficio de usurero entre aquellos buenos pescadores. So capa de hombre caritativo, era un redomado ladrón y un malvado, como verá el lector.

Marc Lezzard no había entregado nunca un dólar de cuanto le enviaba Linden para su hija

y lejos de haber sido para ella un padre, se había constituido en padrastro de la joven, con quien se había querido casar, requiriéndola de amores. Nancy, sin aborrecer al hombre que la había recogido desinteresadamente—según ella creía; pero muy interesadamente, como sabe el lector—, nunca le pudo amar; por eso rechazó las pretensiones del abogado: su corazón necesitaba algo más que una vil limosna para satisfacer sus anhelos.

Nancy era buena, muy hermosa y hacendosa y no faltaron jóvenes en Freeport que pusieran sus ojos en ella. Entre todos ellos, quien puso más empeño en poseerla fué un joven marino llamado Jack Yenlett, un joven de todas prendas de quien Nancy quedó prendada.

Se casaron Jack y Nancy. Su hogar es un nido donde la felicidad hizo su asiento, y esta felicidad se acreció cuando Dios les mandó el mejor complemento de la familia: un hijo.

Una de las razones por las cuales Lezzard pretendía casarse con Nancy, era porque quería ocultar el robo del dinero enviado por el padre de la joven para sostenerla. Si un día llegaba John Linden y se descubrían sus artimañas, mal lo podría pasar; mientras que si hubiese querido ser su esposa, todo quedaba arreglado.

Nancy fué una tarde a casa de su tío Marc, como ella le llamaba, aunque no existía entre ellos ningún parentesco, con el fin de satisfacerle parte del alquiler de la casita que el matrimonio Yenlett le tenía arrendada.

—He aquí, tío Marc, la parte del alquiler de mi casa.



—Repítame lo que has dicho y pruébame, si no... (pág. 18)

—¿Acaso no puede ganar tu marido lo suficiente para pagar completo el alquiler?

—No puede, tío Marc, tenga un poco de paciencia.

—Si me hubieses escuchado a mí, en vez de hacer caso a ese marinerucho, serías ahora la señora de Lezzard y tendrías tu casa propia.

—Soy completamente feliz, tío Marc.

—Te eduqué desde muy niña, eras así...; pagué todos los gastos de tu manutención, y, para recompensarme de todo esto... ¡te has casado con un vulgar piloto!

—Le repito, tío Marc, que no me arrepiento: soy dichosa al lado de Jack que ha sabido hacerme feliz.

—Feliz, pero... ¡pobre!

—¿Y qué?... ¿Acaso la pobreza está reñida con la felicidad?... ¿O es que la felicidad es el patrimonio de los ricos?

—¡Quién sabe!... Tal vez no sea demasiado tarde, todavía abrigo esperanzas... Más de un marino ha dejado viuda...

—¡Dios no lo haga!

Hemos transcrito este diálogo para que el lector llegue a conocer el alma de aquel viejo perverso que se llamaba Marc Lezzard, enriquecido con las lágrimas y los pesares de los pobres pescadores de Freeport.

Y ya que del abogado Lezzard venimos hablando, digamos, para retratar su espíritu inno-
ble, que el malvado Marc es propietario de un café cantante, un garito de mala reputación, denominado «The Flying Jib», servido por mujerzuelas y frecuentado por unas proji-

mitas que limpian los bolsillos a los incautos que se aventuran a penetrar en él: el juego y la prostitución reinan como dueñas absolutas de aquel infecto lugar.

«The Flying Jib» está situado en un extremo del pueblo, no lejos de la costa. Entremos en él.

Una gran sala. En un extremo, un mostrador donde dos dependientes, en mangas de camisa, despachan a las camareras toda clase de bebidas; distribuidas por la sala, gran número de mesas, casi todas ocupadas por parejas que se hacen el amor.

Sentada a una de estas mesas, vemos a una joven rubia, tan hermosa como ladina, con ojos de pecadora, al lado de un hombre con musculatura hercúlea: la hermosa hembra es una forastera que ha llegado a Freeport aquella misma tarde; el atleta llámase Brawn «El Batallador», conocido pugilista llegado también de la capital aquel mismo día. Su remoquete de «Batallador» se lo han dado a causa de su carácter pendenciero.

Mientras ambos personajes chirigotean ante dos copas de espumoso «Pommery», llega a «The Flying Jib» un joven pescador. Dirige su insistente mirada de deseo a la hermosa forastera, quien le guiña el ojo con maliciosa sonrisa. El atleta nota este cruzamiento de miradas, se levanta y plantándose ante el recién llegado, le dice:

—Oiga, joven, ¿le gusta a usted la señorita?

—Bastante—le contesta el joven marino.

—¿Sí, eh?... Pues para que no le guste, tome.

Y, sin más preámbulos, le propinó un directo en mitad de las narices que dió con él en el suelo.

Se armó un gran escándalo. Algunos de los asistentes quisieron defender al agredido; pero el forzado «Batallador» los puso a todos fuera de combate. Las mujeres corrían despavorridas a esconderse; la linda rubia, causante del percance, salió del local y acurrucada en la parte exterior de la sala, contemplaba la lucha de los combatientes que habían convertido el «The Flying Jib» en un verdadero campo de Agramante.

Cuando más enconada era la lucha, llegó a su establecimiento el propietario del mismo, Marc Lezzard.

Una silla lanzada por uno de los que defendían al agredido, fué a dar contra la vidriera, bajo la cual estaba acurrucada la joven rubia de ojos de pecado, haciéndola añicos. Marc Lezzard notó entonces la presencia de la joven.

—¿Qué hace usted aquí, joven?—inquirió el abogado.

—¿No estaba usted aquí cuando cayó el ciclón?—preguntó a su vez la mujer.

—Su cara no me es desconocida...

—Pues es la primera vez que estoy en este pueblo.

—¿Qué parecido!... La confundía a usted con otra joven de su edad de la que soy el tutor.

La joven, en efecto, tenía un tan perfecto parecido con Nancy, que se las podía confundir. Por eso, intrigado Lezzard, le preguntó:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Jessie Linden.

Al abogado se le escapó esta exclamación:

—¡Oh!... ¡Jessie Linden!

—Así me llamo... Es la primera vez que estoy en este pueblo donde nació mi padre, y veo que es una población animadísima y muy divertida.

—Joven, quiero hablar con usted seriamente—dijo Lezzard.

Jessie Linden se acercó al anciano y, tocándole la barbita, exclamó con picardía:

—¡Pillín!

—No interprete mal mis palabras. Quiero hacer una broma a cierta muchacha que se parece muchísimo a usted. Le pagaré bien si me ayuda.

—Me parece que con esa carita de Tenorio no es usted digno de confianza.

—¡Se lo juro!...

—Ni una palabra más... Supongo que no querrá que hablemos en plena calle.

—Venga usted conmigo... Este establecimiento es de mi propiedad y aquí dentro estaremos mejor ante unas botellas de champán.

—¡Bien por los corridos rumbosos!... Vámonos a dentro...

Penetraron ambos en «The Flying Jib», y como la joven viese que Lezzard, al ser observado por los presentes, se quedaba parado, empezó a subir las escaleras que conducían a los reservados y dijo a Marc:

—Sígame, seductor.

Uno de los presentes, al ver a Jessie, la hija del pecado, dijo a sus compañeros de tertulia:

—Ya estoy a su disposición.

—O esa es Nancy Yenlett o yo estoy borracho.

Jessie Linden y Lezzard llegaron a una habitación y después que una de las camareras hubo servido una botella de Moët Chandon, se encerraron por dentro.

Jessie puso descocadamente una pierna sobre la otra, sacó un cigarrillo de su bolso, lo encendió y, mirando sonriente y de reojo, con ese aire de gancho que saben poner las mujeres de su jaez en su mirar avieso, díjole en un tono de abandono:

—Ya me *tienes* a tu disposición.

—¿Cómo se llamaba su padre?

—John Linden; usted debe conocerlo, pues tengo entendido que nació y vivió aquí.

—¿Y su madre?

—Antes de casarse se llamaba Jessie Walton. Ya murió. Mi padre la había abandonado. Ya se figurará usted cuanto aborrezco a mi padre desde que supe su villano proceder.

—¿Quiere usted vengarse de él y encima ganar dinero?

—De mil amores. Diga, diga.

—Si usted se pone a mi disposición se ganará unos centenares de dólares.

—Ya estoy a su disposición.

—Hay una joven en el pueblo de un parecido tan perfecto con usted que parecen gemelas. Esta joven está casada con un hombre con quien deseo que riñan.

—No hable más; lo comprendo todo. Bastará con hacerme pasar por esa joven, para que el pueblo diga que la han visto con otro hombre, y al llegar estos rumores a oídos del esposo...

—Veo que me ha comprendido. Ya iremos elaborando el plan de nuestra campaña.

—¿Dónde nos podremos ver?

—En mi casa.

—¡Corrido!—exclamó Jessie dándole un golpecito en el hombro.



—Pero, ¿qué tienes, esposo mío? (pág. 18)

—Nos veremos en mi casa, aquí cerca, al lado del café, la segunda casa a la izquierda.

Al día siguiente un grupo de marinos, medio borrachos, hablan a la entrada del cafetín de Lezzard, cuando llegó a pasar muy cerca

Jack Yenlett, el esposo de Nancy.

—¿No habéis visto a Nancy con el boxeador Brown?

—¡La que se va a armar cuando Jack Yenlett se entere de como anda exhibiéndose su mujer con el pugilista de la ciudad, «el Batallador»!

Jack Yenlett oyó estas últimas palabras y, acercándose al grupo, cogió por la solapa al que había pronunciado aquellas frases y le amenazó:

—Repítame lo que has dicho y pruébame, si no...

Y sin esperar la respuesta, arremetió a puñetazo limpio contra el que tal propósito había lanzado, dejándole muy mal parado.

Jack Yenlett se dirigió a su casa con un humor de todos los diablos y con el ánimo predispuesto contra su esposa. Esta le salió a recibir muy alegre y quiso abrazarle.

—¡Déjame!—le dijo Jack de muy mal talante.

—Pero, ¿qué tienes, esposo mío?

—Te digo que me dejes...

—Jack, por Dios, ¿qué te pasa?... Nunca me habías hablado así.

—Porque nunca me habías dado motivo.

—Ni ahora tampoco.

—¿Con quién has andado por ahí durante mi ausencia?

—Si no he salido de casa, Jack.

—He oído decir a Poggins que habías andado de paseo con no sé quién, mientras estuve ausente.

—Pero, ¿es posible, Jack mío, que creas semejante barbaridad?

—No sé qué creer.

—No, no; te juro que es falso... Eso es una vil calumnia.

Y Nancy, llorando, se arrojó en brazos de Jack, quien, enternecido, le habló así:

—Perdón, Nancy; pero cuando oí como hablaban de ti, todo lo vi rojo. ¡Te amo tanto!

—No creas nunca cuanto te digan de mí... Yo no te faltaré nunca, nunca.

Los manejos criminales de Marc Lezzard, habían fallado, al menos por esta vez. Sin embargo, no desmayó el abogado en su propósito insano de producir la desunión entre dos esposos que vivían felices en el matrimonio.

Jack Yenlett había salido con el buque que pilotaba para un crucero que debía durar ocho días. Calculando Marc la fecha en que Jack debía estar de regreso de su viaje, prepara una trampa.

Es de noche. El barco de Jack ha llegado a Freeport.

En un reservado del «The Flyin Jib» conversan tres personas: son Marc Lezzard, Brown «el Batallador» y su amante Jessie.

—Dentro de unos minutos llegará Jack—dice el diabólico abogado—. Usted, Jessie, se esconde en la misma puerta de la casa de Nancy, cubierta la cabeza con un manto. Cuando vea que Yenlett se acerca, sale y se abraza con Brown. Usted, Brown, al dirigirse a Jessie, nómbrela siempre Nancy. Al abrazarse procuran que la luz del fanal ilumine el rostro de Jessie, que el marino tomará por su esposa. Ustedes dos se dirigirán a la playa, él les seguirá y allí...

—Le mato como un conejo y le arrojo al mar—interrumpió el boxeador.

—Yo me voy—añadió Marc—. En sus manos dejo este asunto... Pronto va a venir... Escondase en el zaguán de la puerta... ¡Que todo vaya bien!

Y Lezzard se fué a su casa.

Diez minutos después, Jack Yenlett llegaba del puerto. Cuando estuvo a un tiro de piedra de su casa, vió como su mujer, tapada discretamente, salía... «Viene a mi encuentro—se dijo, sonriente—. ¡Qué buena es!»

Un hombre se acercó a la puerta de la verja de madera que precedía a la entrada. Jack se paró horrorizado. Su mujer estaba abrazada a aquel hombre. Era ella; lo veía bien; la luz del farol situado a la misma entrada daba de lleno en su faz... «¡¡Miserable!!—rugió entre dientes—. Yo lo mato.»

Vió como ella se agarraba al brazo de su seductor y como ambos se dirigían hacia la playa.

El primer impulso fué de acercarse y hacer una barbaridad; pero reprimió sus ímpetus de venganza, y con un infierno en el corazón, les siguió los pasos.

En la playa, muy cerca de unos peñascales, volvieron a abrazarse Jessie, a quien Jack tomaba por su esposa, y Brown. El marino no pudo retenerse más; avanzó hasta ellos y distinguió perfectamente el rostro de la madre de su hijo. Jessie, al ver acercarse al marino, corrió a esconderse tras unas peñas. Rugiendo de cólera, y sin que mediara una sola palabra, Jack dió un tremendo puñetazo a Brown, que le hizo tambalearse. Pero el boxeador se puso

en guardia y empezó entre ambos una lucha terrible, despiadada; lucha en la que ambos combatientes se arrollaron sin piedad, cayendo uno encima del otro dentro del agua.

Durante el terrible combate. Jessie seguía, horrorizada, las peripecias del mismo, y ya se arrepentía de haberse prestado a aquel juego innoble de Lezzard.

En aquella lucha inhumana venció la fuerza bruta: Jack Yenlett quedó sin sentido sobre la arena, casi cubierto por el agua que se estrellaba contra el cuerpo del infortunado marino.

Brown y Jessie volvieron al pueblo. Esta se dirigió a casa del abogado para exigirle el premio prometido.

—Espérese aquí, en esta habitación—le dijo el abogado—, tengo una visita.

Jessie se sentó sobre una mesa, sacó un cigarrillo y lo encendió.

¿Quién estaba con el abogado Lezzard a hora tan intempestiva?

V

Marc Lezzard, sentado a la mesa de su despacho, esperaba el resultado de su última diabólica maquinación. De pronto se abre la puerta y aparece en el marco de la misma un caballero alto, de cabello cano y frente arrugada. Lezzard se sobresaltó, visiblemente emocionado. El recién llegado clavó su mirada en el

abogado; éste había quedado tan sorprendido que no sabía qué decir.

—¿No me conoce usted, Marc?

—¿Tú?... ¡¡ John !!

—El mismo... ¡Qué envejecido! ¿Verdad?

John Linden avanzó hasta la mesa del abogado y se sentó.

—¿Qué vienes a hacer aquí?

—No he querido esperar más... Quiero conocer a mi hija Nancy; arrojarle a sus pies; pedirle perdón...

—¡Pobre amigo! ...Si supieses que tu hija Nancy siente repugnancia hacia el hombre que fué causa de la muerte de su madre, no te hubieses presentado aquí.

—No importa; demasiado he esperado... Es preciso que la vea esta misma noche.

—Si haces eso, John, te arrepentirás hasta el último día de tu vida.

—He recorrido medio mundo sólo para verla... ¡Y la veré ahora mismo!

Marc no replicó. Hubo un momento de solemne silencio. Pensaba Lezzard: «Si Nancy logra entrevistarse con su padre legítimo, éste se enterará en seguida de que la joven no sólo no ha recibido ni un dólar de los que le mandaba John, sino que éste sabrá que además de robar a su hija la he explotado haciéndole pagar un alquiler crecido por la habitación donde vive con su esposo... Haré pasar a la hija natural, que aborrece al autor de sus días, por hija legítima y todo está arreglado».

Un campanillazo vino a interrumpir estos pensamientos.

—Dispénsame, John, voy a ver quien llama a estas horas.



En un reservado del «The Flying Jib» conversan tres personas... (pág. 19)

Levantóse Marc y fué a abrir. Era Jessie, la hija natural de John Linden. «El diablo me la envía»—se dijo el miserable. Sonrió satánicamente a la joven y le dijo, introduciéndola en una habitación inmediata a su despacho:

—Espérese aquí, en esta habitación; tengo una visita.

Jessie se sentó con abandono sobre una mesa, y encendió un cigarrillo.

Marc Lezzard volvió al lado de John.

—¿Te empeñas en ver a tu hija?

—Lo exijo.

—Peor para ti, amigo mío. He tratado de ocultarte una amarga verdad; pero tu exigencia me obliga a hablar.—Y bajando mucho la voz le dijo casi al oído:—Tu hija Nancy es una mujer... degradada... ¡Aquí la tienes!

Marc abrió la puerta de la habitación donde se hallaba Jessie con un cigarro en la boca y en una postura indecorosa. La hembra, al ver a un hombre vestido con elegancia, luciendo en la corbata y en sus anillos gruesos solitarios, indicio de ser persona adinerada, le hizo un guiño tan soez, acompañado de una maliciosa sonrisa, que heló la sangre de John.

—¡Es tu padre!—dijo Marc señalando a John.

Al oír esta afirmación, Jessie se puso seria, saltó de la mesa, avanzó unos pasos y, con un gesto de desprecio pronunció estas palabras:

—¿Ese hombre?... ¡Qué asco!—y volvió la espalda.

John Linden se puso en pie, quiso pronunciar una palabra; pero se nubló su mente y cayó desmayado.

Se le acostó.

Mientras Marc Lezzard salía en busca del médico, iba pensando: «¡Pobre John! Es el segundo individuo que he fastidiado esta noche».

VI

Cuando Jack Yenlett volvió en sí, se levantó a duras penas y tambaleándose se dirigió a su casa.

Su esposa se hallaba al lado de la cunita de su hijo. Al ver al esposo fué hacia él sonriente; mas al notar su rostro ensangrentado, le preguntó apenada:

—Jack, ¿qué te ha pasado?

—No me toques, mala mujer... ¿A qué hora has llegado?

—¡Pero si no he salido!

—¡Mientes, miserable!... Hice cuanto pude para cerrar los oídos a las murmuraciones de las gentes; pero esta noche te he visto con mis propios ojos.

—Eso es falso, Jack... ¡Te lo juro por nuestro hijo!

—¡Pérfida!... ¡Perjura!... ¡No quiero ya nada contigo ni con tus mentiras!... ¡Vete!... ¡Vete a reunir con tu amante!

—Pero, Jack... Te equivocas... Yo siempre te he sido fiel...

—¡Infame!... Sal de esta casa!

Un momento más tarde, cuando en el reloj de la vieja torre de la iglesia del pueblo daban las dos de la madrugada, Nancy de Yenlett,

llevando en brazos a su hijo al que tapaba con su manto, salía de su casa, víctima de las maquinaciones de un hombre de alma perversa.

La madre repudiada por el esposo anduvo errante hasta llegar junto a la escollera del muelle donde se sentó en un poyo, esperando la salida del sol.

—¿Qué le parece, doctor?—preguntó Marc.

—¡Grave!... ¡Grave!... No vuelve en sí...

—¡Pobre padre!—exclamó Jessie—. Se ha disipado en mi alma el odio que sentía contra él... Prefiero no verle ya más.

Jessie salió.

Al poco rato John Linden abrió los ojos y preguntó al abogado:

—¿Dónde está mi hija Nancy?

—Te ha abandonado... Este accidente puede resultar fatal para tu vida, John... Lo mejor es que hagas testamento.

El enfermo hizo con la cabeza un signo afirmativo.

Una hora después se hizo firmar a John Linden el testamento que, redactado por Lezzard, decía textualmente:

A mi hija Nancy lego la cantidad de quinientos dólares. A mi amigo, Marc Lezzard, lego el resto de mi fortuna.

Freeport, 5 de marzo de 1905.

JOHN LINDEN.

El maquiavélico abogado ya había salido con la suya. Ahora sólo faltaba completar su obra infernal, haciendo desaparecer a Nancy

para que no se descubrieran sus execrables proyectos.

Lezzard llamó a un viejo marino, llamado Tom, que ya otras veces había sido el brazo ejecutor de sus maldades.

—Tom—le dijo—, sé que en el muelle está Nancy Yenlett. Te daré quinientos dólares si la llevas a algún puerto lejano y la abandonas.

—Dentro de una hora saldrá mi barco y la llevaré conmigo.

—Mal está hoy el mar.

—No importa; saldré.

Jessie había ido a ver a su amante Brown para despedirse de él.

—Brown, cóbrale a Lezzard el dinero prometido por la proeza de esta noche; yo no quiero estar más en este pueblo... Voy al muelle a ver si sale algún barco.

—Como quieras... ¡Buena mar y... viento en popa!... ¡Adiós!

Amanecía. Con los primeros albores se había reanudado el trabajo en el pequeño muelle de Freeport. Jessie se dirigía al puerto, cuando al pasar junto a un poyo situado cabe una casucha de madera, vió acurrucada en un rincón a una mujer, llevando en brazos un niño de pocos meses. La faz triste de la pobre mujer y la inclemencia del tiempo, enternecieron el corazón de Jessie, quien acercándose a ella le preguntó:

—Buena mujer, ¿qué le pasa?... ¿Por qué no lleva esa criatura a su casa?

—Señorita, no tengo casa—contestó Nancy con los ojos arrasados en lágrimas.

—¡Pobrecita!... Pues yo llevaría esa criatu-

rita donde hubiese un poco de calor, para que no se muriese. ¿No ve como tiembla?

—¡¡Pobre hijo de mi alma!!...—clamó Nancy estrechando amorosamente a su hijo contra su pecho,

—¡Cuántas miserias, Dios mío!—exclamó Jessie yéndose hacia el puerto.

No habría andado diez pasos, cuando se vió envuelta en una gran capa y llevada por dos hombres.

—¡A «La Gaviota!»—ordenó uno—. John Yenlett no verá más a su mujer.

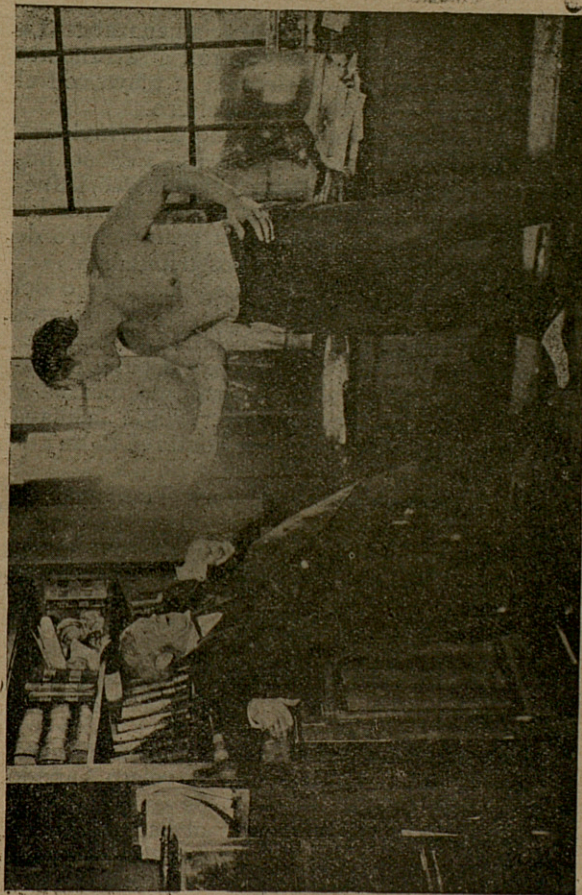
—¿Pero estás seguro de que es Nancy?... iba muy elegante.

—Sí, hombre. ¡Si la conoceré yo!... Va elegante desde que es la amante de Brown.

Momentos después, con un viento de tempestad, «La Gaviota», pilotada por Tom, se hacía a la mar, llevando encerrada en su bodega a Jessie Linden; aunque todos los marinos estaban convencidos de que se llevaban a Nancy de Yenlett.

VII

Rugía la tempestad con fragores tormentosos. Ningún barco se atrevía a pasar la barra. Uno solo, el velero «La Gaviota», propiedad del frozudo Tom, había desafiado a los elementos; pero desde tierra se veía el barco juguete de las olas gigantescas que amenazaban sepultarlo. Los vientos arremolinados inutilizaban su velamen y ya Tom se arrepentía de haber salido del puerto.



...rompiendo los cristales de una vidriera, penetró en su casa (pág. 31)

Grande era el peligro que amenazaba «La Gaviota». Las campanas tocaron a salvamento y todos los marinos corrieron a la playa con el fin de auxiliar al barco en peligro.

Se arrojaron al mar varios botes salvavidas; pero las olas eran tan imponentes que no pudieron lograr su propósito: tantas veces fueron lanzados, otras tantas fueron vomitados por la resaca a la playa, con gran peligro de los arrojados marinos que los tripulaban.

No hubo más remedio que echar mano del cañón lanzacabos. Después de varios disparos lograron hacer llegar un cabo al barco náutico. Los marinos del velero en peligro ataronle en la parte alta del palo de mesana y en un cesto que hacían correr desde la playa fueron salvando todos los hombres de la tripulación.

En aquel momento llegó Jack Yenlett al lugar del salvamento.

—¿No queda nadie a bordo?—preguntó uno.

—Falta salvar a una muchacha encerrada en la bodega.

—¿Quién es esa mujer?

—Nancy Yenlett.

Al oír este nombre Jack se quitó el capote y se arrojó al mar. Todos lanzaron un grito de espanto.

Jack se había zambullido, braceando con gran denuedo en dirección al velero barrido por las holas.

Desde tierra vieronle subir al barco por una escalerilla de cuerdas. Momentos después Jack se halla frente a una mujer de un perfecto parecido con su esposa.

—¡Por Dios, sálveme, señor!—clamó con acentos de desesperación Jessie.

—¿Quién es usted?

En la crisis trágica de aquel momento de terror, sollozando, Jessie explica todo y Jack se entera de que ha sido el juguete de las infames intrigas de Lezzard.

—¡Le juro por mi alma que le digo la verdad!... ¡Sálveme!

Instantes más tarde, Jack sube al palo de mesana llevando en brazos a Jessie, y entrando ambos en el cesto de salvamento, llegan sanos y salvos a la playa.

En un momento, todos los marinos se enteraron de las maquinaciones criminales de Marc Lezzard.

Todos, llevando al frente a Jack Yenlett, se dirigieron a casa del infame abogado. La puerta estaba cerrada; pero Jack, rompiendo los cristales de una vidriera, penetró en su casa, le agarró por el cuello y lo arrastró hasta la calle, donde fué vilmente linchado por la multitud irritada que le dió la muerte: ¡Digno final de una vida de crápula!

Cuando Jack hubo entregado al populacho al culpable de sus desgracias, se le acercó un viejo y le preguntó:

—¿Buscas a Nancy?... Está en mi casa. La recogí esta mañana en el puerto temblando de frío.

Jack fué en busca de su esposa y se arrojó a sus pies.

—¡Perdóname, Nancy, de que haya dado oídos a insidias de un infame que nos quiso perder!

Los esposos se abrazaron llorando.

EPILOGO

Los hechos que hemos narrado no son más que un recuerdo.

En una suntuosa morada viven John Linden con sus dos hijas y Jack. Inmensamente rico, no piensa más que en hacer felices a Nancy y a Jessie, a quienes ama con un amor reparador, que absuelve de sus culpas pasados al *pecador errante*.

FIN

Número 113 - BIBLIOTECA FILMS - 23 marzo

La calle de las risas y de las lágrimas

por los célebres artistas

NORMA SHEARER—ANNA Q. NILSSON
ADOLFO MENJOU

Para juzgar de la importancia de esta cinta, basta decir que aparecen en ella las célebres estrellas: Florence Reed; Elsie Ferguson; Florence Moore; James J. Corbett; Buster West; John Steel; Frank Tinney; Fred Stone y su hija Dorothy; etc., etc.

724
A C O N T E C I M I E N T O

Nadie dejará de leer la adaptación cinematográfica de la sentimental novela de ISABEL COOPER

La madre de todos

Por la eximia anciana

MARY CARR

y los simpáticos artistas

PRISCILLA BONNER y RENNETH HARLAN

Postal: *Jacqueline Logan*

50 cénts.

Imp. GARROFÉ. — Villarroel, 12 y 14. — Barcelona